

rio de Loreto con gran piedad y devoción, y estando en Mantua se postró muchas veces a los pies de la Virgen de la Gracia, atribuyendo a la protección de la Virgen el triunfo en la famosa batalla contra los herejes alemanes, en Muhlberg.

Tal era la devoción de Carlos V a la Virgen Purísima, que según el cronista Alonso de Santa Cruz «ayunaba todas las vigiliass de Nuestra Señora y oía sermón cada fiesta», y como patrona de los consejos imperiales, proclamó a Nuestra Señora del Buen Consejo.

Otro veraz historiador, Fray Paulino Alvarez, añade que el Emperador cada vez que recibía noticias que precisaban serio estudio y meditación, solía decir: rezaré mi rosario a la Virgen María y después pensaré y resolveré. De nuestro católico Caudillo, refieren sus íntimos que en los casos graves de gobierno, su capellán expone el Santísimo y después de pedir luces a Dios, estudia y resuelve: la historia se repite en nuestra Patria en los grandes hombres.

Este poderoso Emperador, rogaba con frecuencia a la Reina del cielo, la gracia de una buena muerte, y se sabe que pidió una vela de Nuestra Señora de Monserrat para que le iluminara en este tránsito supremo. Así, Carlos V rindió su postrer tributo con el cirio encendido, símbolo de su ardiente devoción mariana, en tanto que una linda azucena que abrió aquel día en la ventana de su celda, fué colocada en el sagrario como recuerdo de su viva fe eucarística.

De este modo, el glorioso nieto de los Reyes Católicos, en vida y muerte, sintetizó los dos grandes amores de España: El amor a Jesús Sacramentado y a María Inmaculada.



PARA

SUSCRIBIRSE A

**"ALCANTARA"**

Basta con llamar los días laborables al teléfono n.º 1584, desde las diez a las trece y media horas.

## LA LAVANDERA

Te ví al regreso de la brega dura  
con tu cesto brutal a la cabeza;  
resignada y humilde, en la pobreza  
de tu existencia anónima y oscura.

A la luz del crepúsculo, insegura,  
eras visión de trágica grandeza;  
en tus ojos sin luz, ¡cuánta tristeza!  
en tu pálida faz, ¡cuánta amargura!

En los momentos de tu hogar sin calma,  
el gran Vesubio que arderá en tu alma  
y que tu vida, destructor, agota,  
será un «yo acuso» que alzará tu seno  
hacia ese mundo de injusticias lleno  
que tu indignancia y tu dolor explota.

VICENTE NERIA